

RAÚL SERRANO SÁNCHEZ, EDIT.,
Manuela Sáenz:
el tiempo me justificará,
Quito, Colección Memoria de la
Patria, Ministerio de Educación,
2010, 388 pp.

No quiero referirme al icono aprovechado, a la figura zarandeada por el discurso oportunista. No. La auténtica Manuela me llega por medio de un libro oportuno, completo, multifacético y me la muestra desde diferentes voces, pero, principalmente, me entrega su propia voz. Se trata del tomo titulado *Manuela Sáenz, el tiempo me justificará*, que figura dentro de la colección Memoria de la Patria. Libro tripartito porque integra páginas de autores que se dejaron llevar por la imaginación para escribir sobre ella, porque su segunda vertiente es de estudios históricos y porque se cierra con los escasos textos que salieron de su pluma personal.

Raúl Serrano Sánchez, uno de esos grandes trabajadores nacionales en pro de nuestra literatura, es el editor de este tomo medular y también quien presenta en ensayo luminoso todo el conjunto, donde saca a la mujer de la leyenda y la sitúa en su real dimensión de ejecutante de acciones libertarias, y desafiante de ambientes hipócritas.

Reparo en el hábito de “leer” a los personajes de la historia por interpuesta persona, es decir, a través de palabras ajenas. Los ídolos que tenemos en la memoria son los pintados por el historiador o investigador que, individualmente situado, los maquilla o los envilece según sus propios puntos de vista. Con este libro me di cuenta de

que yo había levantado, tempranamente, mi imagen de Manuela bajo la luz del cuadro de Manuel J. Calle y pese a que, avanzados mis estudios literarios, también consumí la biografía de Rumazo González, persistían en mi pintura mental ciertos rasgos que provienen del primer contacto: la “juventud demasiado pecadora”, los perfiles de una mujer extremista en reacciones y sentimientos.

Ahora me enfrento a las precisas líneas de autoría de la heroína: su propio testimonio de la noche del 25 de septiembre de 1828, cuando salva a Bolívar de sus asesinos, momento en que se convierte en Libertadora del Libertador; su apasionado amor por el hombre y su compromiso con el proyecto bolivariano —que la llevan hasta ensayar una broma en una carta del año 24, que el amado no se ponga celoso si ella expresa también su “amor a la Independencia”—.

La historia de las mujeres no puede escribirse con golpes de pecho. Las explicaciones de contexto, de tiempo y costumbres, no son suficientes para intentar las argucias de la razón: los errores deben asumirse como tales. Por eso es admirable la carta de Manuela Sáenz al marido desdefiado y engañado, en la cual, sin subterfugios, responde al llamado inútil a reintegrarse al “orden social”, el matrimonio.

Todo entra en el análisis que hace Serrano al ponerle el cinturón adecuado al cuerpo de textos de Manuela y sobre ella: me impresiona la lucidez de su comprensión sobre el comportamiento femenino —que hasta en palabras del Libertador se mereció el adjetivo de “viril” aludiendo a la fortaleza y

audacia no corrientes en las mujeres—. La frontalidad para aceptar el intenso vínculo erótico con Bolívar es la misma con la que cabalgó y disparó en sus incursiones de batalla. La Gran Colombia era también su sueño.

Y Manuela Sáenz se planta firme, eterna, para los ecuatorianos. Multiplicada en el cielo de la historia por voces mayoritariamente masculinos, entre incomprendiones de género y exaltaciones supremas, hoy recibe la mirada equilibrada y justa de Raúl Serrano Sánchez, quien merece elogio y gratitud por su trabajo.

CECILIA ANSALDO BRIONES
UNIVERSIDAD CATÓLICA SANTIAGO DE
GUAYAQUIL

FELIPE GARCÍA QUINTERO,
Mirar el aire,
Bogotá, Universidad Nacional de
Colombia, 2009.

Mirar el aire, de Felipe García Quintero (Bolívar, Colombia, 1973), sorprende por la madurez que muestra en sus partes y en el todo. Se trata de un libro que, en términos temáticos, indaga sobre lo que es la condición vaciada del sujeto ante un tiempo y en una hora en la que toda posible contemplación de lo que agrede y disloca a ese sujeto se torna subvertor.

Las estrategias expresivas de la voz lírica parten desde el desplazamiento por todo lo que son las esferas interiores de la memoria, como el desamor y la soledad, y que la incitan no a construir un discurso imprecatorio, con ciertos niveles de vehemencia, sino, todo lo contrario, a anteponer una palabra tramposamente reposada, capaz no solo de reinventar ese otro lenguaje que toda buena poesía fragua, sino de reformular, de poner en cuestionamiento lo que el contorno, o la llamada realidad, nos propone como limitación o frontera de todos los fracasos:

La realidad deshecha en sus murallas.

Suceder de los elementos
en la fuga de la voz (p. 21).

Esa condición tramposa de la palabra meditada, está al servicio, en el discurso poético, de aquello que es parte del paisaje que el sujeto lírico no solo traza, sino que pinta; pues la capacidad plástica de la escritura de García Quintero, le permite construir una es-